

petu; unos sobre otros, arrastrados, revueltos, hasta que entramos en la gran plaza... ¡Dios eterno! ¡Si hubiéseis visto! ¡Asombroso espectáculo! Toda aquella inmensa plaza llena, apiñada, toda negra, zumbando, mugiendo, no era plaza, era un mar. Todo alrededor, entre las cuatro filas de las columnas de los pórticos, sobre las escaleras de la iglesia, bajo el gran pórtico, sobre el gran terrado de la fachada, sobre la galería de la cúpula, en los capiteles, en las pilastras; y detrás, en las ventanas de las casas, en los balcones, en los tejados, encima, debajo, á derecha é izquierda, en todas partes donde una criatura humana podía poner el pié, ó agarrarse, ó suspenderse, en todos lados cabezas, brazos y piernas colgando; banderas, gestos, voces: ¡todo Roma estaba allí!

—¡Oh, Dios! ¿Y el Vaticano?—preguntaron las mujeres con gran espanto.

—Estaba cerrado. Sabeis que un ala del Vaticano dá sobre la plaza, y allí se halla precisamente el departamento del Papa. Todas las ventanas encontrábanse cerradas, parecía un palacio abandonado; semejava en aquel momento, que tenía la expresion de una persona fria, rígida, impasible, mirando abajo con ojo abierto é inmóvil. La multitud miraba arriba murmurando. Se veía de una parte, hácia la escalera, gran confusion de oficiales y de señores, que parecían dar sus órdenes, repetidas despues de boca en boca. La agitacion iba

aumentando. Estaban todos con la cabeza descubierta; cabezas blancas de ancianos, cabezas oscuras de soldados, cabezas rubias de niños; brillaba hermosísimo el sol; mil cosas, mil ruidos, mil colores ondeaban y se confundían sobre aquella inmensa masa; las banderas, los ramos, las cintas flotantes, eran agitadas aquí y allá, como sobrenadando en el agua; la confusion era tal, que se diría ardía el fuego bajo la tierra. De pronto se oyó y se propagó un grito por todas partes:—¡Los muchachos! ¡Los niños! ¡Adelante los niños!— Parecía cosa convenida. En un solo instante, de un lado de la plaza, se vió levantar á los niños por encima de las cabezas, y las mujeres y los hombres que los llevaban encima, hendir la compacta muchedumbre en direccion al Vaticano. Los chicos mayores abríanse plaza escurriéndose por entre las piernas de las gentes, á diez, á veinte juntos, agarrados de las manos; en pocos minutos, parte por su propio pié, parte empujados, parte arrastrados, centenares de niños, todo un pueblo de criaturas hasta entonces escondidas, se encontró apiñado en un ángulo de la plaza; y entretanto, un vocerío ensordecedor de mujeres:—¡Cuidado! ¡Lado! ¡Hagan sitio! ¡Mi niño!—De allí á poco, otro grito más fuerte y más imperioso:—¡Las mujeres! ¡Las mujeres!—Otra confusion, otro abrirse el gentío por todos lados. Despues un tercer grito más formidable:—¡El ejérci-

to! ¡Los soldados! ¡Adelante!—Y de nuevo un ir y venir indecible; pero en todas partes á un tiempo, resuelto, rápido; ninguna de las dificultades ni de las dilaciones que se ven en semejantes casos; todos se afanaban y servían á su fin; era un ardor, un ímpetu, y además un acuerdo maravilloso; parecía que aquel conjunto innumerable, estaba ordenado y amaestrado. Poco á poco disminuyó el movimiento, cesó el ruido, los brazos se bajaron, todos miraron alrededor, y vieron que habían desaparecido como por encanto, los niños, las mujeres y los soldados. Estaban todos en una parte de la plaza, á la derecha, divididos en tres grandes grupos, desde la puerta de San Pedro hasta el centro de la columnata, vueltos hácia el palacio del Vaticano, apretados é inmóviles. La multitud prorumpió en ruidosísimos aplausos.

—¿Pero y el Vaticano?—preguntó por tercera vez la familia á una voz.

—Siempre cerrado y tranquilo como un convento; pero esperad. De pronto el aplauso cesó y se vió todas las cabezas volverse atrás y murmurar:—¡Silencio! ¡Silencio!

La palabra corrió hasta el final de las dos calles que desembocan en la plaza. El murmullo de allí á poco cesó enteramente, y quedó una tranquilidad y un silencio, como jamás hubiera creído posible entre tanta gente: era algo sobrehuma-

no. En medio de aquel silencio, pareció oirse de improviso muy ténue ruido, que no se sabía lo que era; un sonido vago, difuso, como si viniese de lo alto; poco á poco, insensiblemente, crece; primero un alzarse de voces acá, luego acullá, despues más lejos, incierto desacorde; de allí á poco, más unidas, más resueltas; las voces, en fin, como por encanto, confundidas, y un solo canto trémulo, argentino, suave, se levantó al cielo, resonando, como la voz de una legion de ángeles. ¡Eran millares de niños que cantaban el himno á Pio IX de 1847!

— ¡Ah, Dios mio!—exclamaron la madre y las hijas, juntando las manos.

—Aquel canto, repercutió en el corazon de todos, bajando precisamente á conmover en el fondo del alma lo que hay de más tierno, se sintió correr un estremecimiento por las masas; se veía gran movimiento de brazos y manos, como de quien quiere hablar y no puede; no se oía más que el murmullo confuso de siempre.—Santo Padre—parecía que querían decir todos—mirad, oid, son nuestros niños, son vuestros hijos, que os buscan, que os invocan, que imploran vuestra bendicion; son almas inocentes; ceded á sus voces; bendecidlos; haced que la pátria y la fé sean un sentimiento solo en sus corazones; una palabra vuestra, Santo Padre, una señal, una sola mirada vuestra que anuncie el perdon y la paz, y es-

taremos con vos, por vos, todos, ahora, siempre, por siempre. ¡Son nuestros niños, vuestros hijos! —Millares de banderas se agitaron en el aire, el canto cesó: siguió un profundo silencio...

—¿Y bien?—preguntaron todos afanosos.

—Siempre cerrado—continuó el jóven.—Se elevó el canto de las mujeres. Se oía un temblor profundo en aquella inmensa voz; se oía algo que solamente brota del seno de las madres; pareció más bien un grito que un canto; era suave y solemne. La gente permaneció inmóvil á la primera nota; despues, de improviso, empezó á agitarse, como movida por ardor irresistible; el griterío cubría casi al canto.—Son nuestras madres—decían—nuestras esposas, nuestras hermanas, Santo Padre, escuchadlas; ellas no han tenido jamás ódio ni ira en el corazon; han amado y esperado siempre; creen y ruegan; os piden poder enseñar á sus hijos vuestro nombre junto con el de Italia! ¡Santo Padre, una palabra vuestra ahorrará muchas dudas dolorosas y muchas lágrimas amargas: bendecid nuestra familia, Santo Padre!

Los oyentes de nuestro jóven interrogaban con la mirada y con el gesto.

—¡Cerrado! —respondió, — siempre cerrado. Pero ahora prorumpe un canto ruidoso y acelerado, al que sigue una nueva y más violenta confusión: eran los soldados.—Son nuestros soldados —decían—serán los vuestros; son los hijos del

campo y de la tienda; ellos, Santo Padre, vigilarán á vuestra puerta y escoltarán vuestros pasos; ellos, nacidos en vuestra tierra; ellos, que oyeron de niños vuestro grito sublime de libertad y combatieron contra el extranjero con vuestro nombre y con el de su Rey sobre los lábios y en el corazon: ¡benedicidlos! los encontrareis agrupados alrededor de vuestro trono en la hora del peligro, prontos á morir: una palabra, Santo Padre, y estas espadas, estas corazas, esta sangre, son vuestras. ¡Ellos os piden la bendicion de la pátria! ¡Recordad, Santo Padre, vuestro grito sublime!...

—Una ventana del Vaticano se abre. Entonces cesó el canto, calló el griterío, silencio... En la ventana no había alma viviente. Hubo algunos instantes, en los cuales la respiracion de la multitud parecía suspensa. Se vió moverse como una sombra en la ventana, pero dentro, en el fondo, y desaparecer. Pareció ver pasar gente y oír ruido. Todas las caras, todos los ojos estaban fijos, inmóviles allí. De pronto, todo el gentío, como inspirado, extendió los brazos hácia el palacio; millares de mujeres levantaron en alto los niños; los soldados alzaron los sombreros sobre la punta de las bayonetas; todas las banderas se agitaron; cien mil voces se lanzaron al viento en un solo tremendo grito:—¡Viva, viva, viva!—En la ventana del Vaticano se vió asomar alguna cosa, moverse, brillar, levantarse en el aire de golpe...—

¡Dios eterno!—gritó el joven lanzándose al cuello de su madre:—¡Era la bandera italiana!

*
* *

Decir la alegría, la satisfacción, el entusiasmo de aquella buena gente, es imposible.

El joven había hablado con tanto calor, estaba tan enamorado de su mismo engaño, que poco á poco había llegado al fin á no reparar que inventaba; y verdaderamente se le habían humedecido los ojos y le temblaba la voz. Por esto, ni siquiera una sombra de sospecha cruzó por la mente de sus padres ni de sus hermanas. Se abrazaron, rieron, lloraron. ¡De cuántas dudas, de cuántos escrúpulos, de cuántas batallas dolorosas entre el corazón del italiano y la conciencia del católico, se encontraban libertados!

¡La conciliación entre la Iglesia y el Estado!
¡El sueño de tantos años! ¡Qué tranquilidad de ánimo de entonces en adelante! ¡Qué hermosa vida de amor y de concordia!

—¡Sea bendecido el cielo!—exclamó la madre, dejándose caer sobre una silla, fatigada por la emoción. Y después, nuevamente, todos juntos

alrededor del joven, quien cogiéndole una mano, quien tirándole de la ropa:

—¿Pero es verdad ciertamente?

—¿No es un sueño?

—¡Continúa, cuéntalo todo..., el Papa..., la gente..., qué ha pasado!...

—...Lo que siguió entonces—replicó el joven con voz cansada—á decir verdad yo no lo sé, no me acuerdo; fué un tal estruendo de gritos, de confusión, un frenesí, un delirio tal, que solamente al pensarlo ahora, se me aturde la cabeza... Yo no ví otra cosa alrededor, que brazos y banderas alzadas que me lo ocultaban todo. Un codazo que recibí en el pecho en una de estas terribles confusiones de la multitud, me quitó casi la respiración. Después de algunos momentos me pareció estar un poco más ancho, y me eché por una de las calles que llevan al puente, para salir fuera de aquel *maremagnum*. De todas las calles del barrio Pío se precipitaba el pueblo con agudísimos gritos sobre la plaza. Se dijo después que la multitud se había lanzado á la puerta del Vaticano para penetrar dentro; los soldados lo habían debido contener al principio oponiendo el pecho, á fuerza de brazos, por último con las armas: se hablaba de gente que quedara ahogada en el bulle-bulle.

...Dentro, en el Vaticano, no se sabe, por ahora, lo que ha pasado: se decía que el Papa

había dado su bendición desde la ventana. Yo no lo ví. Cansado, extenuado, llegué al puente y lo pasé. Siempre acudía gente de todas partes, llamados por la noticia del gran acontecimiento, que se propagó con la rapidez del rayo. Grandes escuadrones de caballería acudían al trote largo, y ayudantes de campo, enviados á llevar órdenes de aquí y de allá, recorrían las calles gritando. La gente respondía desde las ventanas. Ancianos decrepitos, enfermos, mujeres con niños en brazos, se asomaban á los terrados, bajaban á la calle, preguntaban, se maravillaban, se besaban... Yo llegué al Corso. De pronto se oyó un estruendo terrible del lado del Pincio; luego otro del lado de puerta Pía, más tarde un tercero, hacía la puerta de San Pancracio: eran todas las baterías del ejército italiano que saludaban al Pontífice en precipitada y repetida salva.

...A poco se oyó el repique de la campana del Capitolio, y sucesivamente las campanas de cien iglesias, que se confundieron en grandioso concierto. La multitud del barrio Pío, se derramó con ímpetu desenfrenado sobre la izquierda del Tíber, invadió en pocos momentos las calles, las plazas, las casas; descubrió las armas Pontificias que habían estado cubiertas; llevó en triunfo bustos de Pío IX, retratos, banderas; millares de personas se pararon delante los palacios de los patricios romanos más conocidos por su adhesión

al Pontífice y prorumpieron en aplausos, y aquellos se presentaron en el balcon y sacaron la bandera nacional...

—Un momento, dejadme tomar aliento...

Cuando hubo tomado aliento, le instaron en seguida con nuevas preguntas.

—¿Y despues?

—¿Y el Vaticano?

—¿Y el Papa?

—...No sé... No puedo explicar todo lo que tenía de bello, de grande, de maravilloso Roma, por la noche. La noche era serenísima, y hubo una iluminacion, como creo que no se ha visto nunca, desde que el mundo es mundo; el Corso parecía todo de fuego; las iglesias llenas de gente con sacerdotes que predicaban; en las calles músicas, cantos, bailes; ciudadanos que hablaban al pueblo en los cafés y en los teatros. Quise ver otra vez la plaza de San Pedro. Había corrido la voz de que Su Santidad tenía necesidad de descanso; el barrio Pío estaba silencioso como en una

de las noches más tranquilas; la plaza hallábase iluminada por la luna; numerosos grupos silenciosos estaban en actitud recogida alrededor de las dos fuentes y sobre la escalinata; muchos sentados en el suelo; otros acostados; gran parte, los más, estenuados por la fatiga y las emociones de la jornada, dormían; mujeres, soldados, niños, todos revueltos; centenares de personas arrodilladas, y aquí y allí centinelas de todos los cuerpos, con banderolas y cruces puestas en el cañon del fusil.

El suelo estaba sembrado de banderas, de papeles, de flores, de sombreros perdidos en la confusion; no se oía una voz; parecía que toda aquella gente contenía la respiracion. Partí de allí conmovido, exaltado, pensando en todo aquello que había visto, en el efecto que habría producido la noticia en Italia, en el mundo, en vosotros, en tí especialmente, papá; me encontré en la estacion casi sin advertirlo; allí había gran confusion, un griterío que aturdiría; subí en el tren, partió... y héme aquí. La noticia llegó ayer tarde á Florencia; me dijeron que fué un delirio; el Rey ha salido para Roma; la gran noticia se ha esparcido á estas horas por toda la tierra.

En este momento se dejó caer sobre la silla, y calló, en actitud de quien no tiene ya aliento en el cuerpo. Despues se levantó de pronto y corrió á interceptar los periódicos que debían llegar á la

casa de campo á las once, con lo cual la familia conservó su querida ilusion hasta la noche.

El almuerzo fué alegrísimo; el jóven continuó enredando particulares sobre particulares, y la madre y los demás experimentaban satisfaccion sobre satisfaccion, y exclamaban bendiciones sobre bendiciones.

*
**

De pronto se oyó un paso acelerado subir la escalera, y despues un ruidoso campanillazo. De allí á un minuto, se abrió la puerta y un cura alto, enjuto, con el rostro pálido y la boca torcida, apareció en el dintel. Era un cura rabioso, que la familia conocía hacía poco, y por el cual no tenía gran simpatía; pero que sin embargo, respetaban y agasajaban en la casa, más por obsequio al traje que á la persona. Todos, excepto el jóven, lo rodearon gritando:

—¡Y bien! ¿Ha oido la gran noticia? ¡Todo se ha concluido, gracias al cielo! ¿Ha sido la mano de Dios! ¿En qué piensa? ¡Hable Vd., cuente!

—¿Pero qué noticia?—preguntó el cura, mirándoles á la cara uno á uno con dos ojos bizcos.

Le hablaron todos al mismo tiempo, con pres-
teza y con furor, de las fiestas, del perdon, de la
reconciliacion del Pontificado con la Italia.

El cura miró á todos con aire de quien teme
haber caido en medio de un círculo de locos; des-
pues fulminó una mirada sobre el jóven, y exclamó
con maligna sonrisa de triunfo:

—¡No hay sombra de verdad en todo eso, *por fortuna!*

—¡No hay sombra de verdad?—gritaron todos
volviéndose hácia el hijo.

Este, sin descomponerse, miró al cura, y con
acento mixto de tristeza y de desden, repuso:

—¡Pero reverendo, no diga *por fortuna!* Usted
es italiano; diga:—*desgraciadamente* no es cierta
la reconciliacion.

Todos los demás permanecieron por algunos
momentos como aturdidos; pero despues, volvién-
dose de nuevo hácia el cura, y enfadados, como
siempre sucede, más contra quien había quitado,
que contra quien había traído la ilusion, repitieron
casi involuntariamente:

—¡Cierto! diga mejor: *¡Por desgracia!*

—¡Yo?—respondió el cura volviendo hácia el
pecho su largo dedo índice nudoso de la mano de-
recha; y despues, con voz acre y vibrante: *¡Yo
no lo diré jamás!*

A estas palabras, el anciano, herido brusca-
mente en el dulce sentimiento que lo exaltaba,

perdió, como tenía de costumbre, el juicio, y ex-
tendiendo el brazo hácia el cura, le señaló la
puerta, y dejó escapar de la boca un—¡Vaya usted
con Dios!—que resonó en toda la casa como un
pistoletazo.

El cura desapareció, cerrando tras sí la puer-
ta con ímpetu.

El jóven echó los brazos al cuello de su padre;
y éste, poniendo las dos manos sobre la cabeza de
su hijo, exclamó con acento triste y cariñoso:

—...¡Te perdono, sí, te perdono!